



manuel olimón nolasco

historiador

“EVANGELII GAUDIUM” Y LOS DESAFÍOS DEL TIEMPO PRESENTE.

EVANGELIZAR: DULCE Y CONFORTANTE ALEGRÍA.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Recibí hace unos días una grata llamada telefónica de Miguel Ángel Portillo, amigo apreciado de hace muchos años, proponiéndome escribir, para las entregas mensuales de 2014 de “Cultura Cristiana”, sobre los “desafíos del mundo actual” a los que hace referencia la exhortación apostólica del Papa Francisco “Evangelii Gaudium.” Acepté la invitación sin titubear y comienzo a escribir sobrevolando las líneas de la exhortación papal que no puedo tomar como “un documento más” sino como un auténtico acontecimiento del Espíritu.

Tomando en cuenta algún punto de la reflexión misma del Papa, he preferido confrontar estas entregas con el tiempo presente, pues más que la geografía o la sociología descubridora de estructuras es el paso de las horas, los días, los años y los siglos los que permiten tanto el ejercicio de la memoria como la conversión en el presente que facilita el ágil paso hacia un futuro que no es ilusión sino sólido edificio de esperanza. Ese paso da ritmo a la vida tanto de cada uno como de las comunidades, pueblos, sociedades y naciones y es por ello también el lugar privilegiado para reconocer identidades y destinos. La celebración eucarística, por ejemplo, “fuente y cumbre de la vida cristiana” es memoria y a la vez alimento para el arduo camino de la existencia.

Antes de dirigir la vista a las páginas de “Evangelii Gaudium” para hacer una lectura escudriñadora y poner por escrito mis comentarios, no quiero guardar silencio sobre la impresión que recibí al acercarme a este documento del Papa Francisco:

Primeramente, se me vino a la memoria con fuerza inusitada, la exhortación de Paulo VI, “Evangelii Nuntiandi”, carta magna de la evangelización por el vuelco que dio a lo que por siglos se había tenido

por anunciar el Evangelio. El Papa Montini subrayó la condición cualitativa y no únicamente cuantitativa del anuncio al señalar la insuficiencia de llegar “a zonas geográficas cada vez más vastas o a poblaciones cada vez más numerosas” (primacía de lo geográfico y lo sociológico) y proponer el “toque” del Evangelio a los espacios sensibles de la cultura: “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida” que contrastan con el mensaje integral del Evangelio, dinamismo que corre sobre los carriles del tiempo y que no permite detenerse con satisfacciones a medias. Esa orientación, para algunos todavía desconcertante, hizo que dejáramos de hablar de “evangelización” sólo como referencia a los primeros pasos del anuncio en el siglo XVI americano.

De la misma manera, en el texto de la exhortación late con fuerza el corazón del magisterio latinoamericano; sin duda lo reflexionado y vivido colegialmente en Aparecida en 2007 pero también sus lúcidos antecedentes: Medellín, Puebla, Santo Domingo, momentos clave de la asimilación del Concilio Vaticano II en el “continente de la esperanza.” De un modo suave pero firme, la expresión colegial de América Latina y el Caribe ha asumido dimensiones universales, alegría desde luego para quienes nos hemos identificado con ella pero al mismo tiempo, reto de nuevas responsabilidades ante la Iglesia universal y el mundo.

También, desde luego, todo el documento está impregnado del sutil pero muy real rocío del Espíritu, característica que de manera profética el beato Juan XXIII le asignó al Vaticano II, pues, aunque cualquier persona, aun increyente, puede leer y comprender con fruto el documento de Francisco, son la fe y el amor derramados en el agua regeneradora del bautismo los que pueden hacer vibrar las fibras íntimas de los cristianos para decidirse a poner en práctica lo propuesto. No podemos hacer a un lado que la exhortación tiene como destinatarios a los miembros de la Iglesia católica, desde los obispos hasta los fieles laicos, agentes naturales de la evangelización, por lo que ninguno de nosotros puede evadir el compromiso o voltear la mirada a otra parte con indiferencia. Quien no tuviera la posibilidad de actuar o sienta que la tarea es “cuesta arriba”, puede desde luego orar.

Por último, las páginas de “Evangelii Gaudium” reflejan la singularidad personal del Papa Bergoglio: su vivencia personal de la alegría, su sencillez envuelta en profundidad, su manera suave pero exigente de denunciar, su identidad de jesuita reconocida en su invitación al discernimiento y a la gradualidad, su capacidad de compartir responsabilidades. Quien piense que se trata de un texto

ligero o de corta duración en su impacto se equivoca rotundamente. Como el Concilio, es un acontecimiento y no sólo un documento.

Las palabras papales contienen las cualidades que San Agustín en su "De catechizandis rudibus" ("Para catequizar a los rudos") indica para una buena catequesis: "Que quien escucha oyendo crea, creyendo espere y esperando ame." ¿No es eso "la dulce y confortante alegría de evangelizar"?

